

Y fundaremos la ciudad  
más grande del mundo



**LAS TRES EDADES**

Y DIJO LA ESFINGE:  
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,  
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA  
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.  
¿QUÉ COSA ES?  
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

El autor quisiera dar las gracias a Carlo Cittadini,  
Francesco Palombi y Clemente Palopoli, *cives romani*.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación  
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada  
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,  
[www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento  
de esta obra.

Título original: *E fonderai la città più grande del mondo*

En cubierta: ilustración de © Carlos Arrojo

© Giovanni Nucci, 2010

Publicado originalmente en Italia por Feltrinelli, Milán

Publicado por acuerdo con Walkabout Literary Agency

© De la traducción, Ana Romeral Moreno

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

ISBN: 978-84-19419-74-3

Depósito legal: M-1.001-2023

Impreso en Anzos

*Printed and made in Spain*

Papel 100% procedente de bosques gestionados  
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

**Giovanni Nucci**

**Y FUNDAREMOS  
LA CIUDAD MÁS  
GRANDE DEL MUNDO**

**Mitos, dioses y héroes  
de la Roma antigua**

Traducción del italiano  
de Ana Romeral Moreno

 Siruela

Las Tres Edades

# Índice

<b>PRÓLOGO:</b>	<b>11</b>
Julio César y el cielo de Roma	
<b>PRIMERA PARTE: El viaje de Eneas</b>	
Anquises, príncipe de Troya	19
La destrucción de Troya	25
La bellísima Helena	30
Eneas	36
Dido, el amor	40
Sibila de Cumas	46
<b>SEGUNDA PARTE: El Lacio</b>	
Latino, el rey	53
Acoged a los forasteros	60
Pico, Circe y Canente	65
Juno, la que siembra discordia	70
Hércules y Caco	76
El alfabeto de Evandro	83

### **TERCERA PARTE: Rea Silvia**

Rea Silvia, la princesa vestal	91
Numitor, Amulio y el testamento de Proca	95
Pomona y Vertumno	100
Marte, el fuego y la guerra	105
Amulio, el tirano	110
Flora, la paz y la primavera	114

### **CUARTA PARTE: Roma, 753 a. C.**

Fáustulo, el pastor	123
Rómulo y Remo	129
La conquista de Alba Longa	135
Roma	140
El pomerio	145
Júpiter en el Capitolio	152

### **EPÍLOGO:**

Julio César y las sardinas de Numa	157
------------------------------------	-----

*A mi madre, que me llevó de la mano  
A Émile, que me llevará a hombros*

## PRÓLOGO

### Julio César y el cielo de Roma

Julio César miró al cielo y le pareció que Roma tenía una luz maravillosa. Nunca había visto una luz tan hermosa en ningún otro lugar. Y eso que los últimos veinte años los había pasado recorriendo buena parte del mundo conocido.

Se emocionó al ver la inmensidad de esa ciudad. Y al recordar que siempre se la había imaginado así: destinada exactamente a aquella grandeza.

Julio César era el jefe militar más talentoso de todos los tiempos y se estaba preparando para su último triunfo. Una vez más, había regresado vencedor. Vencedor de la guerra civil contra Pompeyo y los enemigos que en el Senado y en la República habían confabulado contra él.

El pueblo, el pueblo que siempre le había amado más que nadie en el mundo y por el cual él había lu-

chado, ahora lo festejaba acompañándolo en su triunfo por la ciudad. Al finalizar aquel glorioso recorrido por sus calles subiría al Capitolio, al enorme templo dedicado al padre de todos los dioses. Y ofrecería a Júpiter las armas del enemigo al que acababa de vencer. Ahora el pueblo lo alababa como si fuera un dios. En varias ocasiones, durante el triunfo, alguno lo había llamado rey. «¡La corona, la corona!», habían gritado los romanos.

Eso, naturalmente, le asustaba. Porque desde hacía casi quinientos años ningún romano había vuelto a ser llamado rey. Ahora, en Roma había una república. Y sus enemigos del Senado lo acusaban precisamente de eso, de querer convertirse en un nuevo rey.

Y esto Julio César lo tenía claro: no era un dios, ni siquiera era un rey. El Estado y la República se regían por un equilibrio muy delicado. Estaba el Senado, con los patricios, padres de la ciudad; y los plebeyos, con los tribunos de la plebe. Estaban los cónsules y los demás magistrados que gobernaban. César conocía muy bien cómo Rómulo, al fundarlo, había pensado y organizado el Estado de manera que ningún hombre acaparara demasiado poder en sus manos durante un periodo de tiempo demasiado largo. Incluso él, el fundador, el primer rey, se había hecho ayudar por el Senado y los tribunos. Y fueron ellos los que elegirían a su sucesor.



En efecto, cuando Rómulo murió, los senadores no supieron muy bien a quién elegir en su lugar. No era tarea fácil sustituir a un rey tan grande y justo como lo había sido Rómulo. Finalmente, eligieron a Numa Pompilio.

Y Julio César llegó a la conclusión de que fue una buena elección. Porque era una persona equilibrada, muy sensata y con un gran sentido religioso. Porque vivía apartado de la frenética vida de la ciudad, no tenía vicios y había demostrado que no sentía demasiado apego ni por el dinero ni por la gloria. Tras años de guerras y conquistas, Numa era precisamente lo que Roma necesitaba. No un jefe militar, sino un rey que otorgara paz y prosperidad a la ciudad, que enseñase a los romanos la humildad necesaria para convertirse en una gran civilización.

¿Y acaso no ocurría ahora lo mismo con la República? Así era: Julio César pensaba que lo que ahora necesitaba Roma era un rey como Numa Pompilio, más que un jefe militar.

Y la cuestión, consideraba él, no era tanto si es mejor la monarquía o la república, sino cómo puede ser de justo y equilibrado un rey o un cónsul. ¿No sería mejor quizá un buen rey que un pésimo cónsul convertido en dictador?

La República, después de quinientos años, se había extendido como ningún otro imperio. Ahora hacía fal-

ta un nuevo equilibrio, paz. Él, Cayo Julio César, único cónsul y dictador, ¿sería capaz de proporcionar esa paz a su ciudad?

Julio César sabía perfectamente cómo la grandeza y la inmensidad de la República eran inherentes a la historia de Roma desde sus inicios. Desde su nacimiento, con los héroes que la habían fundado y los dioses que la habían protegido. Julio César pensó en Rómulo y en su hermano Remo. En cuando la loba y el pájaro carpintero les dieron de comer, salvándolos de la muerte. En el rey Pico y en su padre Saturno, en Hércules y en cómo este derrotó al horrible Caco cuando el Lacio estaba habitado únicamente por pastores, y Evandro fue a vivir allí desde Grecia. En Pomona y Vertumno, en Flora y el dios Fauno. En los dioses que gobernaban aquella tierra antes de que Eneas llegara desde Troya gracias a la ayuda de su madre Venus. Pensó en su largo viaje, en sus amoríos con la reina Dido, y en Anquises, padre de Eneas y esposo mortal de la bellísima Venus. Pensó en la guerra que Eneas había librado contra Turno. En el rey Latino y en la boda de Eneas y Lavinia. Pensó en Alba Longa, en el tirano Amulio, en la princesa Rea Silvia y en sus amores con Marte. Pensó en el pastor Fáustulo y en los gemelos que derrotaron a Amulio y fundaron la ciudad más grande del mundo.

Así pues, le parecía evidente: Roma era belleza y guerra.

Cuanto más la miraba, más claro veía cómo todo en aquellas calles, edificios, templos, en el río, en el monte de Jano enfrente del Aventino, en el color del cielo al atardecer, incluso en los puestos del mercado, en el foro, en la manera en la que los mercaderes vendían su mercancía..., todo en Roma estaba impregnado de la belleza de Venus.

Y luego la política, la construcción del imperio, la ley: el Senado, la organización de la República, la red de carreteras que unía cada provincia con la capital, la organización que hacía de Roma una ciudad políticamente perfecta. Los romanos habían adoptado la planificación, la estrategia y la prontitud necesarias para la guerra, y las habían empezado a usar incluso en tiempos de paz. Y para Roma, eso era la política.

Él, Julio César, sí que sabía algo de guerras, de Marte y de su inexplicable fuerza. Y, por tanto, también de política. Efectivamente, la grandeza de Rómulo, el primero de los reyes, había consistido precisamente en haber sabido impedir, gracias a las leyes y la constitución, que las guerras prosiguieran eternamente.

La guerra y la belleza. Marte y Venus.

Y él, Julio César, ¿no era acaso descendiente directo de la mismísima Venus? Su familia descendía de Eneas, hijo de Venus y de Anquises. Y por tanto de Ascanio, llamado Julo, hijo de Eneas y padrino de la *gens* Julia. Julio César pensó que había algo de divino en su grandeza, así como en la grandeza de la ciudad.

Como gran jefe militar, sabía que ahora, para ganar definitivamente, tenía que llegar hasta el Capitolio, al templo de Júpiter. Y tenía que ofrecer su gloria al dios. Aquella grandeza, su grandeza, no le pertenecía a él, sino a su ciudad: al Senado y al pueblo de la República romana.

Y, antes incluso, a los dioses.